

PÉREZ-MALLAÍNA, Pablo Emilio. *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746.* Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Riva-Agüero, 2001, 477 pp.

El territorio de nuestro país es sísmico por excelencia. Todavía están grabadas en nuestra memoria las cercanas imágenes del terremoto que sacudió recientemente el sur peruano, por lo cual reseñar un libro que aborda un fatídico movimiento telúrico resulta por demás enriquecedor.

El historiador español Pablo Emilio Pérez-Mallaína analiza la ciudad de Lima en un contexto de crisis generalizada y, para ello, se sirve de un instrumento de observación privilegiado: un "gran temblor de tierra". Este es sin duda el primer aporte del trabajo, pues hasta el momento la historiografía en el Perú había soslayado la trascendencia del impacto de los eventos naturales en la dinámica social. Contra cualquier pronóstico, la destrucción proporciona una frondosa documentación, haciéndose esto evidente a lo largo de las casi quinientas páginas del libro. Dividido en cuatro partes y quince capítulos, uno de sus propósitos es el de poner de relieve las reacciones de las autoridades virreinales ante la crisis urbana que se desencadenó a raíz del impacto sísmico que remeció los cimientos arquitectónicos y sociales de la ciudad de Lima a mediados del siglo XVIII. En efecto, como ya lo ha señalado Anthony Oliver Smith, los desastres pueden revelar las relaciones de poder existentes en una sociedad, y el proceso de reconstrucción se puede convertir en una arena de competencia donde se evidencian las estructuras existentes antes del desastre.

Asimismo, el libro se articula en torno a las relaciones sociales y las tensiones que se vivieron en Lima a raíz del terremoto de 1746. En relación a estas premisas, Pérez-Mallaína describe en la primera parte el impacto demográfico y económico del movimien-

to telúrico, planteando que el terremoto de 1746 solo produjo alteraciones de corta duración en el comercio, y poniendo de manifiesto que la guerra contra Inglaterra iniciada en 1739 tuvo peores consecuencias para el fisco en el Perú que la catástrofe mencionada. Conviene subrayar que resulta difícil evaluar el costo económico de un terremoto, el cual no solo está en conexión con las arcas estatales, sino que implica una compleja red de alzas de precios, pérdidas materiales y de inversiones de toda la población afectada; ya que las cifras por sí solas no alcanzan a cuantificar la magnitud del impacto. Así, el autor establece una doble relación entre sociedad y desastre natural, en virtud de la cual ambos elementos se “iluminan mutuamente”. Por ello, es necesario puntualizar que un desastre es el resultado de la confluencia de un fenómeno natural peligroso y de un contexto vulnerable. En este caso el terremoto es un fenómeno natural, pero dadas las condiciones de vulnerabilidad de la ciudad de Los Reyes, podemos señalar que lo ocurrido en 1746 fue una catástrofe anunciada.

La difundida idea de la “total destrucción” de Lima tuvo como ejemplo recurrente la imagen de una ciudad devastada, en la que habría quedado en pie una veintena de un total de tres mil edificios; esa era la versión de los “vecinos dueños de casas de esta capital”; una posición que fue repetida por la crónica oficial del suceso que envió el Virrey a España. Ahora bien, la destrucción de Lima, aunque de enormes proporciones, no fue total, y la mejor prueba —según refiere Pérez-Mallaína— reside en el hecho de que la ciudad permaneciese en el mismo lugar, a pesar de que se estudió mudar su emplazamiento. Aprovechar lo que había quedado en pie resultaba mucho más rentable que construir de nuevo. Definitivamente, con la experiencia del *tsunami* y las continuas réplicas, el traslado se convertía en una posibilidad que otorgaba seguridad física y psicológica. No obstante, el traslado de la capital a mediados del siglo XVIII, habría adquirido un papel más determinante en la vida cotidiana de los habitantes. Con el traslado hubieran quedado anulados los censos que gravaban las propiedades urbanas. Ya Susana Aldana ha destacado breve-

mente la batalla campal que se desató en Lima entre “la ciudad y los dueños de las casas por una parte y el estado eclesiástico por otra”. Los unos alegaban la ruina total de su propiedad y por lo tanto solicitaban la rebaja de los réditos censales hasta incluso pedir su extinción, y los otros apelando a la terrible pobreza que se cernía sobre ellos si se materializaban completamente los deseos de la “ciudad”, como fue el caso de los monasterios limeños, que vieron reducidos sus ingresos a consecuencia de la rebaja decretada. En efecto, si bien un desastre tiene como sello de identidad a la destrucción, a su vez permite reconstruir el rompecabezas social, el papel definitorio de los sectores pudientes y la amenaza subversiva de los grupos subalternos. Esta problemática nos conecta con la segunda (“Ordenar el caos y reconstruir la ciudad”) y tercera (“La Tierra se abre: las tensiones afloran”) parte del libro, donde se dibuja el conflicto y las intrincadas redes sociales al interior de la sociedad limeña. A lo largo de los diversos capítulos de la segunda parte el autor nos recrea la competencia entre el Estado y la Iglesia, una lid con varias aristas, que pudo haber estado articulada de modo más orgánico en el libro. Un detalle que saca a la luz las diferencias entre el gobernante colonial y la máxima autoridad eclesiástica es el incidente del tapasol durante una ceremonia protocolar, lo que provoca la queja del arzobispo Barroeta. En lo que atañe a los grupos subalternos, podemos argumentar que el “robo espontáneo” de los esclavos se complementó con la planificada conspiración de Lima y la rebelión de Huarochirí de 1750. En este sentido, observamos que el denominado “movimiento nacional inca” estudiado por John Rowe tuvo en las fuerzas de la naturaleza un poderoso aliado.

Finalmente, en la última parte, Pérez-Mallaína aborda las percepciones sobre el desastre. Como lo señala el autor, pocos fenómenos naturales tienen unas connotaciones tan sobrenaturales y escatológicas como los movimientos sísmicos. Y los limeños de mediados del siglo XVIII no eran la excepción, pues creían totalmente posible que una catástrofe natural fuese producto de un castigo divino, e incluso el miedo a un “fuego purificador” cobró

gran publicidad corriéndose el rumor de que “llamaradas caídas desde lo alto iban a completar la destrucción de la ciudad”. De acuerdo con las descripciones de la época, al igual que en Lisboa en 1755, las maltrechas calles limeñas fueron los mudos testigos de un cuadro de pavor, donde las penitencias y castigos corporales cobraron hondo dramatismo. No obstante, el castigo divino también era considerado como muy conveniente debido al efecto reformador de la moral. No en vano un jesuita que vivía en Cádiz en 1755, exclamó que “no hay tan buen predicador como un terremoto”. Debemos destacar que el arzobispo Barroeta justificó la destrucción de las iglesias por los sacrilegios cometidos por los homosexuales que participaban en las ceremonias religiosas, una justificación que ya había sido planteada por un franciscano a raíz del terremoto de 1687.

No podemos dejar de lado el acápite referido al movimiento sísmico de 1687 y la ruina de la agricultura limeña. El autor afirma que la relación causa-efecto establecida entre el terremoto de 1687 y la “esterilidad” de las haciendas limeñas fue una invención posterior e interesada, con la expresa finalidad de liberarse, por ejemplo, del pago de la alcabala, entre otras cargas, ya que pocos años después del terremoto los campos produjeron incluso excepcionales cosechas. Diversas declaraciones afirman que fue 1692 el punto de partida de la crisis agrícola y no los años inmediatos a 1687.

En conclusión, abordar la historia de los desastres rebasa el tópico descriptivo y el protagonismo del evento. Como se hace evidente, son los actores sociales los que adquieren un papel estelar. El estudio del impacto de un evento natural se constituye en el hilo conductor, a través del cual observamos el comportamiento social y la gama de solidaridades y conflictos, pues de lo contrario se puede caer en el error de trabajar el desastre tan solo en función de las emergencias y reconstrucciones de manera aislada. Por lo tanto, se hace imprescindible el cruce de una serie de variables y una mayor conexión con otras disciplinas científicas.

Para finalizar, el presente libro calza con la frase de Julio Caro Baroja: “según lo que hemos vivido, entendemos mejor el pasado

o no lo entendemos". Hoy, la preocupación por los temas ambientales va de la mano con nuestras vicisitudes diarias. Para el caso de los habitantes de la ciudad de Lima la amenaza sísmica es una realidad con la que convivimos y que a la vez tratamos de olvidar.

Susy Sánchez
Pontificia Universidad Católica del Perú